

Homilía de Mons. Willy Pino, Obispo de Guantánamo-Baracoa, en la Misa de la Dedicación de la iglesia de Baracoa

-Baracoa, 15 de agosto del 2012-

Queridos hijos e hijas: Gracias a Dios y al esfuerzo y la colaboración de muchas personas, luego de un arduo trabajo de restauración capital durante dos años y once meses, la Iglesia de Baracoa, los fieles de Baracoa, las piedras vivas de Baracoa, vuelven a reunirse en éste, su edificio de piedras, su iglesia parroquial, ya renovada. No es un error decir que la Iglesia de Baracoa vuelve a reunirse hoy en su iglesia.

Conviene citar, al respecto, lo que nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: las iglesias como edificios *“no son simples lugares de reunión sino que significan y manifiestan a la Iglesia que vive en ese lugar, morada de Dios con los hombres reconciliados y unidos en Cristo”* (Catecismo de la Iglesia Católica # 1180).

Les recuerdo ahora lo que escribí, en la tarde del 20 de enero de 1757, hace exactamente 255 años, el obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, luego de su visita a Baracoa: *“Encontré la iglesia parroquial apuntalada por dentro para evitar la ruina que amenaza”*. Pienso que en esta mañana de hoy ese gran obispo de nuestra Iglesia cubana que sufrió al ver tal deterioro, se unirá desde el cielo a otros dos extraordinarios obispos: Mons. Enrique Pérez Serantes y Mons. Pedro Meurice, y también a muchos fieles más, entre ellos a los Padres Bea y Pastor, y compartirán nuestra alegría al ver restaurada la iglesia por la que tanto ellos lucharon y donde, desde hoy, volvemos a reunirnos para alabar a nuestro buen Dios y recibir de él su gracia.

Es verdad que para hablar con Dios no hay necesidad de ir a un templo o una iglesia porque Dios ha hecho de este mundo en que vivimos un precioso y gran templo donde se le pueda alabar. *“Toda la tierra está llena de la gloria de Dios”* cantaban los ángeles en la visión del profeta Isaías (Is. 6, 3). Y el salmo 138 afirma: *“Si escalo al cielo, allí estás tú, Señor; si bajo a lo profundo, allí te encuentro”*, por lo que a Dios lo podremos encontrar y le podremos rezar y recibir de él sus bendiciones en cualquier parte de este bello mundo. Pero también es verdad que él ha querido que dediquemos lugares especiales para celebrar los misterios de su amor y su misericordia. De allí, la importancia de que cada pueblo tenga su iglesia o lugar de oración.

Eso hicieron los primeros pobladores de Baracoa al desarrollar la ciudad: construirle un templo. A nosotros nos correspondió hoy restaurar esta vieja iglesia parroquial construida ayer por nuestros mayores.

Baracoa tiene a partir de hoy una iglesia parroquial más bella, más acogedora, como Dios y los baracoesos se merecen. Una iglesia que deberá recibir a todos, amparar a todos y abrazar a todos bajo su sombra bienhechora. Hacemos nuestra la oración del sabio Salomón que hemos escuchado en la primera lectura: *“Señor Dios... día y noche estén tus ojos abiertos sobre este templo... donde quisiste que residiera tu nombre. Escucha la súplica de tu pueblo cuando te rece en este sitio”* (1Re 8, 22-30)

Y para que el pueblo pueda rezar en este sitio, esta iglesia de Baracoa, como toda iglesia, necesitará al igual que lo necesita el hospital, la funeraria, las oficinas, las escuelas... que haya un espacio de silencio a su alrededor. Es por ello que quiero hoy reconocer el interés que se han tomado las autoridades de la provincia y del municipio porque aquí esto se vaya logrando. Todos los fieles católicos de Baracoa les agradecemos que se haya retirado la carpa de la calle lateral de la iglesia y todos agradeceremos que se puedan atender las otras dos dificultades que, en este sentido, les hemos planteado.

Se ha podido renovar el edificio de piedras, cemento, arena... Algo difícil, pero también más fácil que renovar nuestro propio edificio espiritual. Es lo que le pedí a Dios para ustedes en aquella oración escrita que les repartí cuando comenzaban las obras: *“Danos tu gracia para que, a la vez que se renueva el edificio de piedra, nos renovemos todos interiormente y que aumente nuestra fe, se fortalezca nuestra esperanza y se multiplique nuestra caridad”*. En la carta a los Corintios escuchada, San Pablo nos ha recordado que todos somos *“el templo de Dios donde habita el Espíritu de Dios”* (1 Cor. 3,16). ¡Qué bueno sería tener esto siempre presente en nuestras relaciones con los demás! Si unos a otros viviéramos y nos tratáramos siempre como lo que somos: templos de Dios, criaturas de Dios hechas a su “imagen y semejanza” (Gén 1,26)... ¡todo sería tan distinto!

En este día en que Baracoa recupera su iglesia, pienso también en cada una de las más de 200 comunidades que, en nuestra Diócesis, esperan aún el permiso para construir su pequeña capilla de tablas de palma y techo de guano. Rezo para que, con la mirada puesta en el bien de Cuba, ese día llegue más temprano que tarde. Mientras tanto sigo animándolos recordándoles que, si bien es verdad que no tienen templo, tienen lo más importante: la iglesia de las piedras vivas que son ustedes mismos, los fieles de Cayoguán, Santa María, Nibujón, Navas, Báez, Camarones, Maraví, La Planta, Naranjal, Puente de Barro, Toa, Otra Banda del Toa, Pino de Duaba, El Pellizcazo y Santa Rosa.

Ustedes han pasado estos últimos años reuniéndose para sus celebraciones con el P. Valentín Sanz (¡18 años pasó en Baracoa!), con el P. Rafelito Cos, el P. Roberto Betancourt, el P. Gilberto, el P. José Ángel, el P. Santiago, el P. Juan Carlos, el P. Jean, el P. Marcos, el P. Jean Pierre, el P. Quin, el P. Gonzalo, el P. Roque, el P. Alcibíades, el P. Heriberto, el P. Gerardo, el P. Luisito, y ahora los Padres Matteo y Valentino... Y reuniéndose lo mismo debajo de una mata de mangos que junto a un río, que en la sala o el patio de una casa. Dios les premiará a todos estos sacerdotes y a ustedes su paciente, pero activa esperanza.

Queridos hijos e hijas: Dentro de unos momentos colocaremos en este precioso altar las reliquias de cristianos santos y extraordinarios como San Antonio María Claret, San Vicente de Paúl, Santa Catalina de Ricci, y los beatos José Olallo Valdés, Juan Pablo II y la Madre Teresa de Calcuta. ¡Pienso que es el primer altar en Cuba que contará con tan precioso tesoro dentro! ¡Qué gran equipo de santos a los que podremos imitar!

- Ojalá aprendamos a amar a los más pobres como lo hicieron San Vicente de Paúl y la Madre Teresa.
- Que velemos por los enfermos como lo hizo el Beato Olallo Valdés durante 54 años.
- Que sepamos sobrellevar nuestras enfermedades como lo hizo ejemplarmente el Papa Juan Pablo II.
- Que como Santa Catalina de Ricci, amemos a Cristo crucificado.
- Y que tengamos el ardor misionero, la pasión por el anuncio del evangelio, de San Antonio María Claret que, a caballo por los trillos de estas montañas y sonando un caracol marino para que el que iba no se encontrara con el que venía porque rodarían loma abajo, llegó a Baracoa en 1853, luego de 60 años sin recibir ésta la visita de un obispo, y confirmó a 4,620 personas, hizo 62 matrimonios y repartió más de 3,000 comuniones.

Desde ahora pido a Dios que la Capilla del Santísimo sea un precioso rincón de este templo que nos invite a todos a entrar y donde le podamos decir cada día a Jesucristo, como el bíblico joven Samuel: *“Habla, Señor, que tu siervo te escucha”* (1 Sam. 3,9).

Pido a Dios que la Cruz de la Parra, Monumento Nacional y Tesoro de la Nación Cubana, y única que se conserva de las 29 cruces que plantó Colón en sus viajes a América, recuerde a Baracoa y a toda Cuba nuestras raíces cristianas.

Pido a Dios que esta bella imagen de la Virgen de la Asunción, patrona y protectora de nuestro pueblo en estos 500 años y siempre serena, idéntica, callada, nos recuerde cada día las palabras que, de parte de Dios, le dijo el ángel Gabriel: *“alégrate, llena de gracia (Lc. 1,28)... para Dios nada hay imposible (Lc. 1,37) y hacer nuestra la respuesta que ella dio a la Palabra de Dios: “he aquí la esclava del Señor” (Lc. 1,38).* Ella, como escuchamos en el evangelio, fue al templo un día para presentarle su Hijo al Señor (Lc. 2, 22-40). Que ojalá hagamos lo mismo los baracoesos: traer al templo a todos los hijos de este pueblo para presentárselos al Señor y reciban de Él sus bendiciones y su auxilio, para que aprendan a llamar a Dios “Padre nuestro” y a tratar a todos como hermanos. *“Todo lo que enseña la Iglesia es bueno”*, afirma sabiamente nuestro pueblo.

Termino pidiendo una vez más a Dios que, al igual que se renovó este edificio de piedra, cada uno de nosotros se haya renovado interiormente y haya visto crecer su fe, fortalecida su esperanza y multiplicada su caridad.

¡Dios permita que, como rezábamos en el salmo 83, podamos estar en su casa otros quinientos años, y más, alabándolo siempre!

¡Dios bendiga a todos los que hicieron posible que Baracoa tenga hoy restaurada su iglesia parroquial!